

# 1

Agosto, 1935

Conocí a don Melitón Miñambres, el misterioso Indiano de Turruncún, el día de San Bartolomé, la misma mañana en que las cigüeñas empezaban a abandonar las torres de las iglesias; el mismo sábado en el que el tonto Afranio apareció colgado de un árbol. En realidad, Carahuevo, como así le apodaban en el pueblo, quizá hubiera muerto la tarde noche anterior pero lo cierto es que lo encontraron al alba, en un lugar de paso conocido como el Colladillo, y cuyo pedregoso camino conduce a la vecina aldea de Turruncún. Hacia allí nos dirigíamos precisamente mi padre y yo cuando nos dimos de bruces con el lúgubre cortejo que siempre rodea a los difuntos en este tipo de trances. Dando vueltas alrededor del cadáver, el sargento Trujillo y el cabo Lucas revoloteaban —igual que dos moscardones verdes— buscando las primeras pruebas con las que hincarle el diente a un asunto que seguramente aún no sabrían si calificar de turbio o de estúpido. A su lado, los del juzgado de Arnedo sudaban su mal humor en silencio, preguntándose a quién podía ocurrírsele, más que a un tonto, elegir un sábado por la mañana para colgarse del cuello sin otro quehacer. Al ahorcado se le adivinaba la lengua azul, oculta a medias en una boca torcida por una mueca de profundo terror. Los ojos los mantenía muy abiertos, despavoridos, como un pajarillo sorprendido por las garras implacables de un aguilucho. Ciertamente, el aspecto distorsionado y a la vez espantoso de aquel cadáver no ayudaba a hacer la digestión. Aunque, a decir verdad, el difunto Carahuevo siempre tuvo un mirar difícil, incómodo, incluso de vivo. Tanto que si hubiera nacido ternero, lo habrían arrojado directamente al muladar, para que se lo comieran los buitres. Desde el primer día de vida se le apreciaron facciones deformes, casi inhumanas, con la espalda gibosa y unos brazos largos y descoyuntados como los de un orangután borracho. Y por si esas desgracias fueran pocas, a los ocho años le acometió la polio, dejándolo cojitranco y tullido para los restos. Aun así, Afranio había estado más de medio siglo entre nosotros, viendo pasar la vida al

pie de su higuera, soportando las chanzas de algunos y la indiferencia de casi todos, como siempre ocurre con los tontos de los pueblos.

Mientras contemplábamos aquel cuerpo bamboleante, me pareció que el cabo Lucas le hablaba de suicidio al sargento primero. El gordo Trujillo, sin embargo, se rascó la sotabarba mientras miraba con ojos de lagarto viejo la rama de la que colgaba el finado. No parecía cuadrarle la idea de que un hombrecillo raquítico y cojo se pusiera a hacer equilibrios en la copa de un árbol con la sombría idea de quitarse de en medio. Nunca había mostrado el tonto tendencias suicidas, y de haberlas desarrollado ahora, en su ya cercana vejez, no parecía excesivamente lógico poner fin a una vida de miseria de aquella manera, con lo fácil que habría resultado tirarse por un barranco.

—Vámonos de aquí, Valeriano, que nadie nos ha dado vela en este entierro —me dijo mi padre tirando de mí como un arriero haría con una mula terca. A él nunca le gustó husmear en cocidos ajenos, y menos en guisos donde había fiambres de difícil explicación. Le seguí durante un buen rato en silencio, como la sogá sigue siempre al caldero, aunque con dos o tres ideas dando brincos en mi cabeza.

—Padre, ¿usted cree que Afranio se colgó él mismo del árbol? —le pregunté a la altura de la Solana del Cascón.

Cipriano Correa se encogió de hombros, como si la cosa no fuese de su incumbencia.

—Y si quería acabar con su vida... —seguí reflexionando en alto—, ¿por qué no se echó al tren o se tiró de cabeza por algún despeñadero? Hay formas más sencillas de morir que colgarse de un árbol, ¿no le parece?

Tampoco ahora obtuve respuesta. Mi padre seguía avanzando con la mirada clavada en las piedras del camino y la mente entretenida en otro tipo de tribulaciones. Más cercanas, más pertinentes.

—Y si no se mató él... ¿quién querría hacer daño a un tonto?

Esta vez, mi padre se paró en seco. Incluso la paciencia de un santo tiene sus límites.

—Y a ti ¿qué te importa si el lelo ha estirado el zancajo solo o alguien le ha ayudado a hacerlo? La gente palma cuando le llega su hora, de una manera u otra, en la cama o con la asadura colgando, de natural o por encargo. A ti eso... ¡qué más te da!

El picador de carbón Cipriano Correa era de por sí persona reservada, poco dada a gallear; y mucho menos a meterse en camisas de once varas. No obstante, aquellas buenas costumbres no habían sido siempre garantía de tranquilidad. En la mina había tenido más de un enganchón con los capataces. Cada vez que la injusticia —o lo que él percibía como tal— se había cruzado en su camino a mi progenitor lo habían tenido que sujetar. De ahí que, en el pozo de Peñalmonte, los mineros le hubieran apodado el Anarquista, aunque jamás hubiese tenido carnet de la FAI o de la CNT. Y como en los pueblos los apodos, los sambenitos y en general todas las maledicciones le persiguen a uno —y a sus vástagos— hasta el Día del Juicio Final, desde que nacimos, mi hermano y yo fuimos aludidos también como *los Anarquistas de Préjano*. Por eso me expulsaron finalmente del seminario cuando estaba a punto de convertirme en diácono. Porque al Ilustrísimo obispo de la diócesis de Logroño no le debió parecer adecuado que alguien con un apelativo tan irreverente llegara un día a cantar misa. Y mucho menos a predicar desde un púlpito. Su Excelencia debió pensar que la República ya estaba minando suficientemente los cimientos de la iglesia católica por fuera como para que un cura libertino viniera a socavarlos también desde su interior.

Mi padre no se rasgó las vestiduras al ver que su hijo no llegaría a Magistral de la Colegiata de Nájera, ni siquiera a párroco de pueblo. Seguramente ya se lo esperaba desde hacía tiempo. En realidad, él me había enviado al seminario porque no deseaba para mí una vida tan miserable como la suya, con el espinazo siempre doblado, la cara tiznada de polvo negro y los pulmones costrados de hollín. Tampoco quería tener un hijo aparcerero, que se dejara la piel en el campo trabajando las tierras de otros por un mísero jornal. Así que, en el fondo y a pesar de todo, lo suponía satisfecho de haber conseguido darme una formación y una cultura de la que él y los de su generación carecían por completo. No había muchos hombres —ni jóvenes— en la España de entonces que supieran leer y escribir correctamente, y que además entendieran latín, recitaran de memoria el Antiguo y el Nuevo Testamento y tuvieran, además, conocimientos de Filosofía, Geografía e Historia Universal. Todo aquel fundamento, sin embargo, no logró deshacer del todo la costra de tozudo raciocinio que siempre rodeó mi manera de ver las cosas.

Una coraza impermeable y protectora, como la cáscara de un huevo, que a duras penas deja pasar la fe. Y que, además, le convierte a uno en un ser curioso y en ocasiones entrometido. A pesar de todo, nunca me importó entretener unos años entre sotanas y rezos hasta que la vida me reclamara para menesteres más terrenales y productivos. Lamentablemente, quien primero me llamó después de la expulsión fue el ejército. Tuve la oportunidad, como todos los jóvenes del pueblo, de cumplir —o más bien eludir— la mili bregando dos años en la mina, ya que el carbón de Peñalmonite era considerado por el gobierno de la nación como un bien de interés estratégico, pero yo veía aquella servidumbre como una condena a trabajos forzados. Y por eso preferí cambiar los libros del seminario por el gorro cuartelero y el mosquetón, y no por el pico y la pala. Porque no me seducía la oscuridad de aquellos túneles, y porque si algo bueno había introducido la República en España, era el acortamiento del Servicio Militar. De tres años que sirvió mi padre dando tiros contra el moro, a mí la patria apenas me retuvo uno. Un año en el que poco hice de provecho y ningún miedo pasé. Afortunadamente, en aquellos años España ya no tenía guerras que batallar. Ni en África ni en Ultramar. Y ya que la senda del sacerdocio estaba perdida y en el ejército no me apeteció medrar, mis veintitrés años recién cumplidos constituían una edad poco procedente para seguir sentándome a comer a una mesa en la que toda la familia —incluso mi hermano pequeño— contaba de reojo los garbanzos que flotaban en mi plato. Si es que un padre que convive con dos hijos y una hermana soltera que cuida de todos ellos puede considerarse una familia como debe ser.

Mi madre había fallecido al nacer el pequeño Miguel, que fue hijo tardano además de aciago pues la dejó tendida y muerta en la cama dos horas después de venir al mundo. Entonces fue cuando marché al seminario y a mi casa llegó mi tía Amalia, que aún andaba sin casar. Para hacerse cargo de su hermano viudo y de su sobrino recién nacido. Porque un hombre solo en una casa —y además con un chiquillo de teta— está más perdido que un ciego sin su bastón. Mientras permanecí en el seminario o en la mili, las cosas no fueron mal para los tres en el pueblo, pero ahora, con mi vuelta definitiva del cuartel, cuatro bocas resultaban una carga excesiva para las noventa pesetas de jornal que mi padre levantaba en la mina de Peñal-

monte. Y como perro parado no pilla hueso, aquella mañana decidimos acercarnos a Casa Arcalís. Porque en el valle se había corrido que el recién instalado Indiano de Turruncún buscaba un secretario, algo así como un hombre de confianza. Y a mi padre, sin saber siquiera qué tipo de tareas acarrearía el cargo, le había dado por pensar que a un joven como yo, capaz de pronunciar irrepetibles latinajos y bordar cualquier tipo de caligrafía como el mejor pendolista, aquel trabajo podría venirle como anillo al dedo. Pensando que el nuevo dueño de Casa Arcalís quizá fuese tan tonto de elegirme a mí antes que a alguno de los muchos candidatos muy bien preparados —y además de la capital— que habían desfilado por Turruncún aquellos días de agosto en busca de un puesto que suponíamos muy bien remunerado. Porque de don Melitón Miñambres, poco conocíamos todavía en la comarca. Pero sí se sabía que era rico, inmensamente rico. Por lo que se contaba, había andado muchos años de americano, haciendo fortuna en Cuba. Hasta que un buen día le dio por cruzar el charco y volver a su España natal con sus bien amasados millones, precisamente —o paradójicamente— cuando el advenimiento de la II República había espantado a muchos ricachones como él hacia tierras caribeñas. Mi padre sostenía que, al final, todos los hombres —incluso los potentados— siempre vuelven a la patria que los parió, igual que los toros de lidia buscan la querencia de los chiqueros cuando la muerte les sopla en el testuz.

Después de casi dos horas de caminata avistamos por fin la iglesia de Turruncún. Un pueblo que llevaba el ruido del trueno en el nombre. Porque así suenan las tormentas al rebotar en los riscos pelados de la Peña Isasa, con un bronco turruncun-cún que da miedo escucharlas. Un lugar que quizá resultara atractivo para poetas y nigromantes pero que para la mayoría de nosotros no era más que un puñado de casuchas de adobe empeñadas en sostenerse milagrosamente las unas contra las otras, arracimadas en un terreno imposible, de laderas quebradas casi inaccesibles incluso para las cabras. Un oasis de desolación en cuya cúspide silenciosa sobresalían dos edificios, ambos de igual prestancia y prácticamente contiguos. Por un lado, la iglesia de Santa María alzaba sus marmóreos muros al Norte en una estampa tan grandiosa como incoherente: nunca un pueblo

tan minúsculo contó con un santuario tan desproporcionado. A solo unos pocos pasos de aquel despliegue de esplendor eclesiástico, una inmensa casa de tres plantas llamaba de inmediato la atención del viajero. La que todos conocíamos como Casa Arcalís había sido en tiempos un formidable castillo medieval perteneciente a los marqueses del mismo nombre. Ahora, la emblemática fortaleza había dejado paso a un atractivo edificio palaciego más acorde con los gustos y comodidades del siglo XX. El arco de acceso a sus jardines estaba coronado por una bonita espadaña que albergaba una voluminosa campana de bronce. Mi padre me había explicado en alguna ocasión que la razón de ser de aquel instrumento era la de avisar a los camperos que trabajaban para el marqués del fin de la jornada de trabajo. Porque para empezarla no hacía falta ningún repique. Bastaba con ver nacer el primer rayo de sol.

La lujosa mansión dominaba toda la aldea de Turruncún y también sus alrededores. Incluso desde el rincón más apartado de sus jardines, el extinto marqués había podido controlar siempre las dos vías principales de acceso al pueblo. Por un lado la carretera que venía de Arnedo, y por el otro el camino carretero que llegaba desde Préjano. Ahora, tras su muerte, a doña Leonor no le habían quedado ganas de seguir viviendo sola y viuda, rodeada de picachos plagados de buitres y riscos pelados como dientes de difunto. Por eso había puesto la casa en venta de manera —quizá— un tanto precipitada. Pero justo cuando don Fausto —el auténtico hombre fuerte de la comarca de Arnedo— ya se frotaba las manos ante la idea de hacerse con la hacienda de los Arcalís por cuatro duros Amadeos, apareció don Melitón Miñambres, con su flamante Hispano Suiza negro y sus maletas repletas de pesos cubanos, y le ganó la partida hábilmente por la mano. Nadie en la comarca interpretó aquella inesperada victoria del Indiano como un signo de debilidad de don Fausto, sino más bien como una falta de interés del viejo cacique por hacerse con unas tierras de secano que no iban a hacerle más rico de lo que ya era.

Lo cierto es que, además de maletas y baúles cargados de oro y plata, don Melitón se había traído de Cuba algo mucho más llamativo. Algo nunca visto por estos lares: una variada y chocante colección de mujeres de color que vinieron con él para servirle. Y para hacer hervir, de paso, la sangre de los hombres que habitábamos

estas tierras. A decir verdad, una de aquellas mujeres no era negra sino mulata y, desde luego, no había llegado a Casa Arcalís para ser la criada de nadie. Según decían, era sobrina de don Melitón, y se dedicaba al teatro. Una ocupación para la que, a decir de algunos, no se necesitan muchas más dotes que las necesarias para ejercer en una Casa de Citas.

El segundo conejo que el Indiano se sacó de la chistera a poco de instalarse todavía nos dejó a todos los lugareños más perplejos que la visión babeante de sus criadas negras. Al nuevo inquilino de Casa Arcalís pronto se le notó un modo distinto de hacer las cosas. Un espíritu democrático y casi libertario que a más de uno le hacía pensar que al señor Miñambres el ron de la isla le había reblandecido los sesos. Por aquí no se concebía a ningún ricacho que no buscase el lucro rápido a costa de lo que hiciera falta. En nuestras esquilmas cabezas de pobres jornaleros no cabía la idea de un patrono que mirase por los intereses de sus trabajadores. Demasiado acostumbrados estábamos —desgraciadamente— a los atropellos de don Fausto, el hombre que desde hacía muchas décadas administraba nuestra desesperación y nuestra miseria. Poco había en la comarca que no fuera suyo. Y eso... rápidamente pudo comprobarlo a su llegada el propio don Melitón, que no perdió el tiempo buscando por el entorno tierras libres de labrantío. Porque simplemente no las había. Tras la última desamortización de mediados del siglo anterior, casi todas las parcelas y comunales que debían haber retornado al pueblo llano volvieron otra vez a manos de los mismos. Es decir, quedaron en poder de quienes tenían el dinero para pagar los lotes desmesurados que el gobierno sacó a la venta. Así pues, ante la imposibilidad de incrementar con nuevas adquisiciones el patrimonio “heredado” de los Arcalís, el Indiano había buscado otro tipo de negocios, aunque siempre demostrando que no le interesaba el lucro a costa del hambre de sus empleados. Al fin y al cabo, don Melitón ya era rico y, como decía mi padre, “¿para qué iba a querer Noé echar más agua en el mar?” Desgraciadamente, el problema para casi todos nosotros era que don Fausto, el otro Noé de la comarca, estaba encantado con seguir rellenando su ya colmado océano con el sudor de nuestras frentes. Y, además, todos los cubos que vertía le parecían pocos. Por eso, los escarceos mercantiles del Indiano sorprendían a propios y extraños.

Nada más aterrizar en la comarca, don Melitón se había interesado por dos amplios locales en Préjano que rápidamente convirtió en sendos salones de baile. Uno para los más pudientes —La Pedriza— y otro —El Tropezón— para los más desfavorecidos. Poco después se convertiría en arrendatario del Teatro Cervantes de Arnedo, un magnífico edificio al que trajo nada menos que a la Compañía Hispano Cubana de Teatro y Variedades. Para que pusiera en escena —con su sobrina como primera actriz— alguna obra de teatro en la próxima temporada de otoño. A falta de ver todavía los posibles rendimientos del pintoresco negocio, el local al menos ya había empezado a dar colocación a tramoyistas, electricistas, carpinteros, guarnicioneros, sastres y otros gremios que a buena falta estaban de un empleo y un sueldo. Y para terminar de asombrar a los parroquianos, a don Melitón no se le ocurrió mejor idea que ceder gratuitamente las tierras que había comprado a la familia Arcalís a todo aquel que tuviese valor para meter la reja y roturar unos liecos duros como el pedernal pero todavía aptos para el cultivo de la vid y el olivo.

Por si todo esto fuera poco, pronto voló en el viento la noticia de que todos los empleados del pintoresco Indiano, tanto en la Casa como en los salones o en el teatro, gozaban de un contrato de trabajo —en papel y con todas las letras puestas— y percibían su salario a cambio de ¡ocho horas de faena! A mi padre se le pusieron los ojos en blanco la primera vez que escuchó aquella noticia teniendo en cuenta que su jornada en la mina nunca bajaba de las diez horas. No es de extrañar, pues, que en muchos corrillos de plaza o de casino —aunque siempre en voz baja y mirando a los lados de reajo— a don Melitón Miñambres empezaran a conocerle también como “el cacique bueno”.

## 2

Visto desde la distancia, el Indiano de Turruncún no encajaba en la imagen que casi todos teníamos de un recién llegado de las Américas. Su cuerpecillo enteco no aparecía enfundado en ninguna guayabera blanca y deslumbrante, como era norma en quienes habían vivido en el trópico. Tampoco lucía sombrero de panamá, ni dientes forrados en oro. Ni, por supuesto, un estómago agradecido. Ni siquiera fumaba —al menos en aquel momento— aromáticos puros habanos, ni tenía a mano botella alguna de ron cubano. El cacique bueno vestía aquella mañana un sencillo levitón oscuro del que asomaba un cuello postizo, muy blanco y almidonado. Una corbata negra de grandes lazos fruncía su estrecho gaznate. Sobre la cabeza, un sencillo sombrero hongo.

Hasta él nos guió, a través de los jardines, su ama de llaves: una mujer enorme, rotunda y negra como una noche de luna nueva, de caderas bamboleantes y pechos como cántaros. Cuando Altigracia —como dijo llamarse la gobernanta— se marchó, mi padre y yo quedamos de pie, con la gorra en la mano, mirando algo consternados al hombre que decía necesitar un secretario, y al que, a mi juicio, mejor le habría venido un sepulturero: el Indiano de Turruncún era un auténtico saco de huesos apergaminado y reseco como una pelleta de vino abandonada al sol. El tren de la juventud —o el de la propia vida— ya había pasado hacía mucho tiempo por su estación. Quizá había pasado incluso por encima de él. Una extraña luz, sin embargo, una energía fosforescente anidaba todavía en aquellos ojos grises convirtiendo sus pupilas en dos punzones de hielo clavados en un rostro de cal. Había un no se qué de inquieta determinación, me pareció, en aquella mirada fría y en aquel gesto descarnado.

—Ustedes dirán... —dijo al fin don Melitón, en vista de que nosotros no arrancábamos.

A pesar de la frescura del nogal, un sudorcillo nervioso y tibio empezó a emparar la frente de mi padre. Aun así, me di cuenta de

que prefería hablar él, aunque hacer discursos ante caciques no era su especialidad.

—Hemos oído que anda usted buscando secretario... —acertó a decir por fin el bueno de Cipriano Correa.

—Puede. —El Indiano me dedicó una mirada experta, de auténtico tratante de bestias.

—Pues por si usted ve que procede, aquí le traigo al chico, que es persona de toda confianza, muy obediente y servicial. —Don Melitón asintió gravemente—. El mocete es trabajador, hacendoso y cabal —prosiguió mi padre igual que un chalán de feria embaucando a un posible comprador—. Y, además, tiene mucha ilustración, eso se lo aseguro. Tiene también muy buenos principios y fundamentos. Es limpio, callado y lo mismo le vale para la cocina que para...

—Ya. —El monosílabo cortante del Indiano interrumpió aquel triste soliloquio cuando ya temía que el siguiente paso fuese tener que mostrar los dientes como una caballería añosa, para que don Melitón pudiera así verificar mi verdadera edad—. El chico debe de tener, por lo que veo, muchas y muy buenas cualidades —afirmó tras ponderar con calma las palabras de mi progenitor—, pero... ¿sabe por lo menos hablar?

Mi padre boqueó como un barbo fuera del agua, confundido, ofuscado por un agrio sarcasmo que quizá no lograba entender.

—Tengo lengua, don Melitón —me adelanté a responder—, pero desde pequeño me enseñaron a usarla solo cuando fuera menester.

Al Indiano se le arqueó un rabillo del bigote en lo que pareció una media sonrisa.

—Eso está bien —concedió—. Y ahora lo es. Dime, pues, muchacho, ¿cuántos años tienes?

—Veintitrés cumplí el mes pasado.

Don Melitón me miró despacio, inquisitivo, más a la cara que al cuerpo, juzgando quizá si mi edad me daría ya la madurez y el aplomo necesarios para el puesto de secretario.

—¿Tienes novia?

Me ruboricé sin poder evitarlo.

—No.

—¿No hablas con ninguna chica del pueblo? —se extrañó el Indiano, seguramente con razón.

—No —volví a responder sin ganas de explicar más. No era cuestión de sacar a relucir, al menos todavía, mis largos años de retiro espiritual. Ni achacar a esa circunstancia mi casi enfermiza timidez con el sexo contrario.

—Ya. —Al Indiano se le puso el aire dubitativo. Por un instante temí que me estuviese tomando por un bicho raro. O aún peor, por uno de esos seres afeminados y meditados que andan languideciendo por ahí, envolviendo sus almas enfermizas, e incluso sus desviaciones, en velos de soledad—. ¿Sabes leer y escribir? —Don Melitón se interesó por fin por algo de lo que yo sí podía presumir.

—Sí, señor.

Una ceja se le enarcó en claro gesto de admiración. No en vano ocho de cada diez españoles no habrían sido capaces de identificar ni su propio apellido escrito en una cuartilla. Mi padre, sin ir más lejos, era analfabeto. Tal como estaban los tiempos, para muchas familias distraer dos pesetas al mes para el bolsillo del señor maestro no era cosa baladí. Traía más cuenta mandar a los hijos a la mina, porque en Peñalmonte, además, muchas galerías eran tan angostas que los hombres no cabían ni a gatas y habían de ser los niños los que entraran y sacaran de allí el carbón.

—¿Fuiste entonces a la escuela?

—Aprendí en la Casa del Pueblo —contesté a sabiendas de que a mi padre le daría un síncope al escuchar aquella declaración.

Durante el viaje no habíamos tenido la precaución de conchabarnos de manera alguna ante hipotéticas preguntas tendenciosas. Pero era normal, pensé, que el Indiano quisiera indagar más. Conocer mis orígenes, mis fortalezas, mis debilidades, e incluso mis inclinaciones políticas.

—En la Casa del Pueblo... Qué interesante.

Vi palidecer a mi padre a la sombra del nogal. Sin duda habría preferido guardar este hecho en secreto. A ningún rico —por mucha fama de liberal que le pongan— le gusta tener cerca a personas contaminadas de gérmenes tan peligrosos como la justicia o la libertad.

—Aprendí a leer y a escribir, incluso a multiplicar, en la Casa del Pueblo porque, como usted sabe, allí enseñan gratis a los pobres. Después marché al seminario donde también aprendí Latín, Geografía, Historia, Aritmética y Filosofía.

—De la Casa del Pueblo al seminario... Qué curiosa transfor-

mación. —Don Melitón Miñambres curvó los dos ángulos de su copioso bigote en otra mueca de inequívoca ironía—. Y... ¿por qué dejaste la senda de Dios, si se puede saber?

—Me di cuenta de que no tenía la vocación suficiente —respondí, ocultando la auténtica realidad de mi expulsión.

—Ya. —A don Melitón se le arrugó el entrecejo en otro gesto de inquietante cavilación—. No tenías vocación... —dijo fijando en mí otra vez aquellos ojos grises ligeramente vidriosos—. No obstante, entre una cosa y la otra, ¿con qué te quedas?

Parpadeé algo sorprendido por una disyuntiva que no esperaba encontrar en aquel interrogatorio. A don Melitón, mi desconcierto le hizo sonreír.

—De qué pie cojeas, quiero decir. ¿Del derecho o del izquierdo? —me aclaró, por si yo no hubiese entendido, sin quitar de mi cara aquella mirada un tanto aviesa que pretendía ponerme entre la espada y la pared.

Miré a mi padre de soslayo y le vi agitando su alpargata derecha como si de repente le hubiera entrado el baile de San Vito en aquella extremidad.

—No cojeo de ninguno, don Melitón —contesté para desconuelo de mi progenitor—. Todavía no tengo juanetes y, además, uso esparteñas, que dan una horma muy ancha.

A pesar de que mi respuesta había rayado la impertinencia, el Indiano sonrió. Aunque no sé si divertido por mi espontánea reacción o complacido con mi supuesta falta de ideales políticos.

—¿No tienes pues ninguna filiación?

—No soy socialista, si es a lo que se refiere.

Don Melitón no respondió de inmediato. Durante unos segundos paseó su mirada pensativa por los confines de su jardín. Después se sacó el sombrero y se frotó la poca pelusa que le quedaba pegada al cráneo antes de hablar.

—El caso es que... —Mi padre y yo permanecíamos mudos, expectantes ante tanta indecisión, igual que dos bloques de mármol esperando el martillazo que los resquebraje—. El caso es que, según me han dicho, en el pueblo os apodan los Anarquistas... —El Indiano nos observaba ahora con un rictus casi divertido, enroscándose los flecos de los bigotes con cachazuda parsimonia.

Mi padre hacía rato que blanqueaba como un montón de yeso,

así que ya no podía mudar de color. Aun así le vi pensativo, tratando de cavilar —igual que yo— cómo un forastero recién llegado a la comarca podía estar ya al corriente incluso de los motes que portamos desde el nacimiento. Perseguí entonces la mirada furtiva del Indiano igual que se sigue el vuelo de una flecha en el aire. Aquel dardo perdido me llevó hasta el bosquecillo de pinos donde el Hispano Suiza dormía aparcado. Apoyado en su estribo negro, Donato Merchán, chófer oficial de la Casa, apuraba un pitillo cuarterón. El automóvil nos había adelantado en el camino de Préjano a Turruncún, a la altura del Corral de Palomares, una hora antes más o menos. Su conductor nos conocía perfectamente, sobre todo a mi padre, con quien había compartido durante algún tiempo el oficio de arriero en lejanos años de mocedad.

—Este hombre —afirmé muy serio apuntando hacia mi padre— no sabe ni lo que significan las siglas CNT. Si un día empezaron a apodarle así en la mina fue solo porque alzó la voz ante los desmanes que se cometían, y aún se cometen, con los trabajadores en el pozo de Peñalmonte. Que a Cipriano Correa nunca le gustó que le mangonease nadie, ni socialistas ni republicanos, ni los del Sindicato Católico. Si buscar justicia significa ser anarquista, entonces bien puesto nos está el mote, don Melitón, porque en ese caso también lo sería yo.

Mi padre se encasquetó la gorra con ambas manos. No porque estuviera de acuerdo con lo escuchado y fuera su forma de suscribir mis palabras sino porque daba por sentado que aquella desafortunada intervención nos llevaría de vuelta a casa. Directamente, sin más preámbulos y sin el puesto de secretario que habíamos venido a buscar. Yo también lo suponía y además pensaba que sería Donato Merchán —conductor del Hispano Suiza y, al parecer, chivato oficial de Casa Arcalís— el encargado de ponernos de patitas en la calle. Al Indiano, sin embargo, la mirada se le había quedado ausente, distraída en funestas cavilaciones, posiblemente buscando las palabras más adecuadas para prescindir de nuestra compañía. Mientras tanto, mientras aquel hombre decidía sobre mi suerte, desparramé otra vez los ojos por una hacienda y unos espacios a los que no había tenido el privilegio de acceder jamás en mi vida. Entonces la vi.

Enfundada en vapores de seda azul y tocada con una pabela del mismo color, la sobrina de don Melitón cruzaba —felina, ingrávida,

insinuante— el verde tapiz del jardín. Donato Merchán la esperaba en el otro extremo con una portezuela del Hispano Suiza abierta de par en par. Apenas fue un breve desfile, un simple y apresurado taconeo. Sin embargo, los ojos se me quedaron secos de tanto mirar. Abrasados por una visión inconcebible. Aquella —contemplé boquiabierto— era una de esas mujeres que solo existen en las películas. De las que ponen cada paso en una línea recta. De las que gastan la mirada desafiante y se pintan los labios en forma de corazón. Una mujer que a cualquiera le habría hecho volver la cabeza, no solo a alguien como yo, que nunca había visto una hembra así ni siquiera en las revistas que circulaban secretamente en el seminario.

Un codazo en mitad de las costillas vino a interrumpir aquella delirante ensoñación.

—Don Melitón te está preguntando cómo te llamas. ¿Es que no sabes responder? —Era la voz irritada de mi padre la que me llamaba al orden. Y los ojos grises del Indiano los que, fuera ya de su momentáneo ensimismamiento, me observaban con curiosa atención.

—Valeriano Correa, para servirle —me apresuré a contestar, rojo de vergüenza.

Noté que el Indiano me repasaba como al principio, sin prisas, haciendo resbalar sobre mi cuerpo aquel escrutinio plúmbeo con la frialdad de una catarata helada. Como si el secretario de Casa Arcalís no pudiera —ni debiera— guardar en su interior rincones oscuros, ni secretos no declarados. Como si buscara convencerse de la auténtica naturaleza de mis intenciones, o de mi futura e indiscutible fidelidad.

—Preséntate mañana por la mañana con tu equipaje —consintió al cabo, cuando pareció persuadido de mi idoneidad para el puesto—. Te hospedarás aquí durante la semana y librarás un domingo de cada cuatro. Del sueldo... ya hablaremos. Por ahora, considérate a prueba. Los secretarios son como los melones —me aseguró—. Hay que catarlos primero.

Mi padre había vuelto a sacarse la gorra y a duras penas aguantaba las ganas de dar saltos de alegría.

—Siento que el auto no pueda conducirles de vuelta al pueblo, pero Donato ha de llevar a Dulce María a Arnedo —se excusó el Indiano mientras se levantaba de su silla con intención de despedir a su sobrina.

Mi padre me dio un abrazo en cuanto nos quedamos solos bajo la copa del nogal. Después me instó a iniciar el regreso a Préjano mientras seguía congratulándose de nuestra buena suerte. Yo oía sus palabras en la lejanía, huecas, reverberantes, como si me hablara desde el fondo de un pozo lleno de ecos. Pero no conseguía mover un solo pie. No era, sin embargo, la curiosidad malsana la que me retenía plantado en el sitio, como me había ocurrido al ver a Afranio colgando del cuello. Esta vez acababa de picarme el mosquito de la pasión. O del encelamiento. O de lo que hubieran intentado matarme en el seminario sin conseguirlo. Mientras contemplaba absorto a aquella mujer mulata, un sentimiento desconocido para mí se abría paso desde mi pecho como la avalancha rusiente de un volcán. Aunque no podía darme cuenta de ello, un velo opaco nublabá mis ojos sin dejarme advertir la triste realidad. Sin permitirme ver la verdadera dimensión de una locura que, además, era doble: la sobrina de don Melitón pertenecía a otro universo distinto al mío, a un mundo de riquezas y lujos con el que yo no podía ni soñar. Y, para colmo de males, aquella mujer increíble tampoco estaba ya en edad de tontear. Al menos, no con jovenzuelos como yo. Dulce María era una auténtica dama. Una mujer hecha y derecha. De las que ya tienen un hombre a su lado; y si no lo tienen es porque se han cansado de él, y de todos los demás. Y ahora prefieren andar por ahí disfrutando de otra manera. Sintiendo observadas, deseadas, inalcanzables. Arrancando miradas de ardiente pasión, y —solo muy ocasionalmente— abandonándose, siempre dominantes, al desenfreno carnal.

El Hispano Suiza nos adelantó en la misma salida de los jardines, levantando a nuestro alrededor una densa polvareda. En medio de aquella nube mágica, a mi me pareció —o me dio por pensar— que la actriz se fijaba en mí. Apenas un segundo, un distraído parpadeo al pasar: tiempo más que suficiente, sin embargo, para que a un necio le dé por alimentar sus ilusiones de tocar la Luna con la yema de los dedos.

—La envidia es peor enemiga que el hambre... —me aleccionó mi padre, sonriente, pensando que a su hijo se le iban los ojos detrás del reluciente vehículo negro, y no tras su bella pasajera.

### 3

En mi casa no había maletas que utilizar porque nada teníamos para meter dentro de ellas. Todos mis escasos enseres bien cabían en dos alforjillas de las que usan las caballerías. Así que con ellas al hombro me dispuse a partir con rumbo a Casa Arcalís. Para encarar mi destino de secretario, y todo lo que quisiera venir aparejado a él. Antes de marchar, mi padre me estrechó entre sus brazos de minero, y con la emoción salpicándole los ojos me deseó suerte en mi nueva andadura. También me advirtió que me guardara de Donato Merchán, el chófer de don Melitón. “A los hideputas —me dijo—, a veces no se les ve venir de cara”.

Mi tía Amalia me dio un beso, uno solo, en la mejilla, casi de lejos y por obligación. Un breve contacto, silencioso y seco, como el roce fugaz de una hoja de papel. Desde que vino a casa, la hermana de mi padre había sido así: distanciada y mustia, con el sentimiento muerto o en vías de perecer. Para mí que ya no era joven cuando llegó, pero igual estoy confundido y la vida le dio un inesperado vuelco al tener que hacer de madre y esposa sin ser ninguna de las dos. Al fin y al cabo ella era una mujer moderna, de las que vivían por cuenta propia en la capital. Cosiendo en un taller de costura hasta que el deber familiar la trajo de vuelta al pueblo, y a la realidad. Nunca le conocimos pretendiente alguno, ni aun cuando vivía sola y estaba en edad de merecer, aunque eso tampoco quiere decir que no los tuviera. No obstante, sus primeras palabras nada más llegar a casa no fueron de las que hacen sonreír: Por nuestra culpa se quedaría ya para vestir santos, dijo. Y en eso iba a tener razón. Quizá por eso la amargura se la comía por dentro. Quizá por eso siempre gastó un humor de vino picado y un rencor ciego que no sabía hacia quién dirigir.

Mi hermano pequeño se me agarró a la cintura y me aseguró, entre sincopados lagrimones, que de mayor quería ser como yo: secretario de un ministro. Entre unas cosas y otras, casi me pareció que partía para África, a hacerle la guerra al moro, como le pasó a

mi padre de joven. Sin embargo, tan solo me iba para un mes a una hacienda de millonarios, a comer a dos carrillos rodeado de mujeres negras y a sentarme a la sombra de un nogal, a la vera del Indiano, mientras su bella sobrina paseaba su cuerpo mulato por los jardines de Casa Arcalís. O eso creía yo.

Aún no había roto a sudar cuando pasé junto a la higuera donde apareció colgado el tonto Afranio. Algunos higos chafados y llenos de hormigas venían a recordar al viandante que el lelo ya no estaba en el mundo de los vivos. De haber estado, las brevas —incluso las que contenían insectos— habrían acabado dando vueltas en su barriga. Me paré apenas un minuto para contemplar la rama de la que poco antes había colgado un hombre. El mismo escalofrío del día anterior me recorrió el espinazo al imaginar al tonto trepando torpemente al árbol, ciñéndose el nudo corredizo al cuello y zaqueando luego en el aire como un galgo viejo al que su amo colgó porque ya no le cazaba liebres. ¿Qué necesidad tenía de matarse un hombre que vivía de la caridad del pueblo? ¿Y para qué añadir un sufrimiento más a su muerte usando una soga cuando podría haberse tirado de cabeza por un barranco con los mismos resultados? También me percaté de que Afranio debía de haber estado muy convencido de su proceder pues, de haberse arrepentido en el último momento, la abundante foresta de la higuera le habría permitido agarrarse a alguna de sus ramas, evitando así su absurdo suicidio. El tonto, sin embargo, había preferido aguantar la respiración hasta consumir su irreflexivo acto. Misterios de la vida, pensé. A otros les da por arrojarse al río. O tirarse de una almena. O por irse a la vía y poner el cuello en los raíles. Cosas posibles en Préjano estas dos últimas ya que en el pueblo no nos faltaba tren e incluso castillo, aunque tambaleante y desmoronado, como toda la grandeza antigua de España.

Casi rodeaba ya la Peña Isasa cuando me di cuenta de que seguía pensando en el difunto Afranio y en otros que habían corrido su misma suerte. Debía ser cosa del seminario, supuse, que siempre se me fuera la mente a los muertos. Demasiados años hablando de infiernos y condenados, de mártires admirables y santos predicadores, de las Siete Plagas de Egipto y de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

Demasiada doctrina catastrofista que a mí y a muchos otros nos había llevado casi a creer que la vida buena y verdadera —la única que merece la pena disfrutar— es la que uno vive después de muerto. Esta otra, en cambio, es la de sufrir, la de pagar por nuestros pecados y por los de los otros, la de poner la otra mejilla y perdonarlo todo. Esta vida es la de ganarse, a fin de cuentas, el pasaporte para un hipotético paraíso en el que, por fin, todos seremos iguales, los pobres y los ricos. Un mundo ideal en el que los caciques de siempre, los que habitan en cada uno de nuestros pueblos, ya no explotarán a sus pobres convecinos. Una nube de felicidad en la que todos, explotadores y explotados, haremos borrón y cuenta nueva y nos dedicaremos en buena armonía a la única actividad posible: rezar sin descanso hasta que las manecillas del reloj den una hora que no existe.

Supongo que si aún hubiese estado imbuido de aquel absurdo dogma, me habría dado por pensar que Afranio estaba de suerte. Que el lelo suicida ya debía de estar cubierto por una aureola blanca y brillante, danzando entre ángeles tan inocentes como él. Afortunadamente, aquella música celestial que tanto hube de escuchar en mi juventud ya había salido de mi cabeza. Por eso, cuando levanté los ojos hacia el Alto de la Cabezuela y vi un vivo fulgor dorado, no se me ocurrió pensar que aquella luz de espejuelos fuese el alma resplandeciente del tonto de Préjano. Ni tampoco el Espíritu Santo manifestándose en la distancia. Sabía perfectamente que aquel brillo intermitente y metálico era la inconfundible —y temible— chapa de guarda de Bernardino Grifón, alias Ojomuelle.

Sentado a la sombra de un acebuche, el odioso vigilante de don Fausto me observaba desde su habitual promontorio. Bernardino no era precisamente diácono, ni mártir, ni santo de mi devoción. Ni de la de nadie en Préjano. Ojomuelle, como así le habían apodado desde pequeño a causa de su ojo extraviado, llevaba más de media vida guardando las tierras de don Fausto, igual que hiciera su padre, Baldomero Grifón, el Tío Berrinche, antes de que le afectara el parálisis a resultas de una mala borrachera. A partir de ahí fue su hijo el que se encargó de escorrentar zagales y perseguir furtivos por los desfiladeros. Ahora, el padre —anciano e inválido— y el hijo —tan temido y aborrecido como lo fue su progenitor— vivían solos en la Casa de Guardas, a varios kilómetros del pueblo. Porque Bernar-

dino nunca tuvo esposa. Ni la buscó, que yo sepa. Y si la buscó, su ojo estrábico, su aliento a carroña vieja y su carácter de mil diablos habrían ahuyentado a cualquiera.

Ojomuelle era, junto con los dos guardias civiles del Puesto, una de las tres personas en Préjano con licencia para llevar carabina. Y para ajustarle las cuentas a cualquiera sin tener que dar luego explicaciones ante el juez de Arnedo. Desde el altillo de la Cabezuela, Bernardino tenía una visión casi completa de las tierras del cacique. Y un control casi idéntico de sus moradores. Con sus buenos prismáticos y su dominio de los atajos no le era difícil presentarse en un abrir y cerrar de ojos allá donde la ocasión lo requiriese. Con toda seguridad, a mí me habría visto salir de casa y le habría apetecido esperarme bajo el acebuche, amorrado a su bota de vino, para lanzarme al pasar sus habituales improperios.

—Si yo fuera gobierno —le oí rumiar entre dientes al coronar el altillo—, a los rebotados de cura los capaba a todos. Pero con un cuchillo bien romo.

Pasé a su lado humillando la cabeza, sin mirarle a los ojos, como si en lugar de a Bernardino tuviese ante mí al Prefecto del seminario. Bien mirado, tampoco había tanta diferencia entre ambos. Los dos llevaban el destemple en la sangre y la amenaza bajo el brazo. Uno en forma de grueso palo de escoba y el otro de escopeta.

—Y a los desagradecidos como tú también les cortaba los huevos —sostuvo con aquella voz cazallosa—. Solo que primero les iba a medir bien las costillas a base de culatazos —añadió escupiéndome en mi dirección.

Aquellas palabras venían a corroborar que el día anterior Ojomuelle nos había visto a mi padre y a mí salir del pueblo y penetrar posteriormente en Casa Arcalís. Ahora, mi temprana vuelta con el hatillo al hombro era una auténtica declaración de intenciones. Y a Bernardino Grifón, como buena prolongación del brazo de don Fausto, no le gustaba que nadie se saliera del redil que él guardaba, y en el que casi todos estábamos encerrados sin solución. Ponerme directamente al servicio de don Melitón Miñambres, el Indiano de Turruncún, sin haberme arrastrado antes ante don Fausto suplicándole un sitio en la mina constituía por mi parte una falta de respeto difícil de tolerar por un cacique.

—Has de volver con el rabo entre las piernas el día menos pen-

sado —aún me gritó Ojomuelle desde su aislado acebuche—, como el Hijo *Prodigioso* ese de la Biblia —añadió después haciéndose un lío con las palabras.

Encontré a don Melitón debajo de su nogal, casi en la misma postura que el día anterior, aunque con una cataplasma sobre la cabeza y un lebrillo de agua humeante para los pies. La cara la tenía lechosa, desencajada, bañada por un sudorcillo frío que ya le había echado a perder el cuello almidonado de la camisa. A su lado, sentada en otro sillón de anea y cubierta con una finísima bata de hilo, Dulce María sostenía un pañuelo blanco con el que secaba, de cuando en vez, la frente del enfermo. Sin pámela en la que esconder su frondosa cabellera, una catarata de bucles negros cubría a medias unas facciones ligeramente angulosas, una hermosura salvaje sin parangón. Los ojos, algo rasgados, tenían el color de las almendras y la mirada del gato. La nariz, fina en su nacimiento, se le ensanchaba levemente a la altura de las aletas. Desgraciadamente, aquella boca —sonrosada y carnosa— se torcía en una mueca de sombría preocupación. Sin poder evitarlo, la mirada se me escurrió por su busto turgente y su fino talle, pasando después a las piernas, que adiviné largas, torneadas, interminables, bajo aquella túnica de fino hilo.

La actriz mientras tanto apenas me dedicó una mirada distraída; un simple vistazo teñido de lógico desinterés. ¿Qué mujer de su categoría se fijaría en un joven apocado y muerto de hambre como era yo? Traté de conducir mi atención de nuevo hacia el enfermo, y me di cuenta de que aquella mañana el Indiano no iba a estar en condiciones de entablar conversación. Pensé que quizá le aquejaban las engorrosas Fiebres de Malta, hasta que le oí toser. Entonces le supuse enfermo de asma, un mal bastante común en quienes han respirado durante años las humedades del trópico. Quizá aquella hubiese sido la auténtica razón para abandonar Cuba y volver a España, a respirar el aire reseco de Turruncún.

—El amo se puso matungo esta misma mañana —me explicó la voz de Altagracia a mis espaldas—. Le ha dado el patatús de las fiebres, ¿sabe usted, señorito?

El ama de llaves vestía aquella mañana un impoluto uniforme azul claro, abotonado a duras penas sobre su cuerpo robusto, y un

gracioso pañuelo de flores rodeando su frente. Sujeto por una de aquellas enormes manos color caoba, un inofensivo plumero apuntó hacia mí igual que una fusta para azotar caballos:

—Mas no crea que va a pasarse el día mano sobre mano, caballere —me advirtió la montaña negra agitando su arma—. Don Melitón ha ordenado que se instale usted en la Casa y que limpie después el carro.

Lo primero —lo de instalarme— lo entendí sin problemas; lo segundo me pilló más a contrapié. No imaginaba que en Casa Arcalís se utilizasen todavía carruajes tirados por caballerías.

—Me refería al automóvil, como dicen ustedes, carajo —rio la criada de don Melitón al ver mi cara de sorpresa.

Perseguí las contoneantes sentaderas de Altagracia a través del antiguo palacio de la familia Arcalís, dejando al maltrecho Indiano en compañía de la mujer que a mí me habría curado las fiebres... y todos los males engendrados en mi secuestrada juventud. Traté, no obstante, de alejar aquellos pensamientos y centrarme en admirar la suntuosa vivienda del viejo Marqués de Arcalís. Ante mis ojos atónitos se desplegaron unos corredores interminables, de suelos de mármol ajedrezado, jalonados de estancias con lámparas de lágrimas brillantes y paredes cubiertas de ricos tapices. Quedaban también —me chocó— algunos viejos retratos de la familia Arcalís que doña Leonor había decidido dejar atrás como un rastro anacrónico y decadente. Lo cual me hizo deducir que tampoco a don Melitón debían de sobrarle los recuerdos de su amada isla. Y, antes que dejar las paredes desnudas, había preferido conservar unas figuras desvaídas de color sepia que poco o nada podían significar para él ni para ningún integrante de la Casa.

En la planta baja del palacio, en el extremo sur del edificio, se encontraban los aposentos de don Melitón: su habitación, su vestidor, un espacioso despacho, un salón recibidor, un cuarto de baño y hasta un pequeño oratorio. En el polo opuesto de la casa estaban las cocinas, donde la gigantesca gobernanta hizo su primera parada. Allí, entre perolas, sartenes y platos navegaban cuatro sirvientas. Todas de color, todas de dientes brillantes como perlas que no tuvieron reparo en mostrar cuando Altagracia me las presentó. Dos eran enormes, tan corpulentas como ella misma, de carnes prietas y cabello ensortijado. Las otras eran gemelas idénticas, livianas, grá-

ciles como saltamontes, de piel algo más clara y pelo corto enroscado a tornillo. Cuando salí de la cocina me di cuenta de que únicamente me había quedado con los nombres de las dos hermanas: Yurema y Malena. Aunque de poco iba a valerme dado su prodigioso parecido. Una amplia escalera con el barandado de bronce bruñido, nos llevó hasta el primer piso.

—Aquí vive la señorita Dulce María. —Altagracia hizo un amplio gesto con el brazo que quería abarcar toda la planta.

—¿Sola?

Dos pupilas negras como carbones de piedra se volvieron hacia mí con una rara mezcla de sorpresa e incredulidad. Después vi que el ama de llaves iba a echarse a reír. Y así lo hizo. Desternillándose como una niña al ver los payasos del circo, atragantándose en el gargajeo de su propia carcajada.

—Sola... sola, no —dijo cuando logró calmar aquella risa estridente.

—¿No?

Un mohín entre pícaro y divertido se dibujó en su cara de betún.

—La señorita no duerme sola, pillastrón —me dijo mientras me pellizcaba con saña un carrillo—. Lo hace con sus peluches.

Otra risotada desbordante, casi contagiosa, agitó a la negra gobernanta, como si aquella fuera su manera de decirme que mi sesera era transparente y en ella había leído unos deseos y unas ideas que no podían ser. O como si el mero hecho de imaginar a Dulce María entre los brazos de un hombre le hubiese provocado una risa incontenible. De repente, sin embargo, Altagracia se puso seria, borrando de su rostro oscuro cualquier atisbo de hilaridad o ironía. El chiste había pasado, parecía decirme su gesto severo, y ahora llegaba el momento de reconvenir:

—Todavía no ha nacido el bravo que se atreva con una mujer así —me dijo con la voz algo ronca, con un tono y un convencimiento que no admitían discusión—. Y usted caballereite —un dedazo negro se posó como un puñal sobre mi esternón—, no trate de bailar en casa del trompo que yo le veo venir. Juegue con la cadena si quiere, pero no con el mono. Ya me entiende lo que le quiero decir. Que para ser hombre todavía le falta una cuarta de pantalón, y para peluche... aún no le pusieron el relleno de trapo ni los botones en la pechera.

Cuando la última puerta del pasillo —en el tercer piso— se abrió, yo todavía andaba dándole vueltas a la cabeza. Aunque la jerga cu-

bana de Altagracia no era del todo comprensible para mí, sí entendí perfectamente su recomendación. Pero no el motivo de sus carcajadas. Ni aquella contundente certeza sobre la inexistencia de un hombre con redaños suficientes para intimar con Dulce María.

—Este es su cuarto, caballero. Sobre la cama tiene el uniforme.

—¿Y aquí quién duerme? —le pregunté apuntando a la puerta contigua.

—El señorito Donato.

Algo se torció en mi gesto al escuchar el nombre del chófer.

—Ya sé que hubiera preferido estar pared con pared con las dos jimaguas —repuso Altagracia con retintín al pensar, seguramente, que mis intenciones en la Casa eran todas de la misma índole— pero más le vale ir despacio con esas dos fierecillas.

Cuando la sirvienta desapareció por el pasillo, eché un rápido vistazo a través de la puerta entreabierta. Mi nueva vestimenta de secretario me esperaba desplegada sobre la cama: chaleco negro sobre camisa blanca, pantalones de tela también negra y zapatos del mismo color. En un extremo de la estancia alcancé a ver una mesa de estudio y una silla. Sobre una robusta estantería, varios tomos de la famosa enciclopedia del profesor Carlos Dalmau conferían a la habitación un desacostumbrado aire cultural. Un enorme espejo ovalado, dos candelabros de bronce y varios cuadros con motivos religiosos completaban la sobria decoración de aquel aposento. No obstante, todo lo que vi me agradó. Jamás había disfrutado, ni de lejos, de una habitación tan completa y espaciosa. Desde que nació mi hermano Miguel, cuando estuve en casa, siempre hube de compartir dormitorio con él. Y, en cuanto al seminario, las camarillas en las que nos acomodábamos nunca contenían menos de seis novicios. En un rincón vislumbré un vistoso aguamanil y un lavabo de porcelana encastrado en un precioso mueble de caoba.

Me habría gustado descorrer los cortinones aterciopelados de la ventana, y asomarme a ella para comprobar qué parte del jardín se divisaba desde mi balcón. También me habría puesto gustosamente a hojear los libros de las estanterías, pero Altagracia me había dejado bien claro que el carro de don Melitón debía de quedar limpio antes de la hora de la jama. Así pues, simplemente dejé mis alforjas en un rincón y me dispuse a cumplir con mi primera labor de secretario. O de freganchín.